

tan toda especie de condiciones con tal de que se les conceda la vida, las viejas glorias de Roma se someten á todos los usos. Ya son templos cristianos, tumbas de mártires, columnas, pedestales, humildes umbrales, y hasta pavimento de la casa del vencedor. Les basta que la hija del cielo se digne tocarlos con el dedo, para estar contentos. Esto es para ellos la prenda de la inmortalidad. Podria decirse que ellos se acuerdan de los bárbaros, y de su terrible martillo, que les ha dejado eternas cicatrices. Para escapar de nuevas devastaciones, suspiran despues por verse adoptados por aquella pobre iglesia, cuya sangre habian bebido en los dias de su gloria.

¡Cuántas veces se ve arrebatado de admiracion el viajero católico, á vista de todos aquellos obeliscos, en otro tiempo levantados en honor de los potentados del antiguo mundo, cuando lee en su base: *Erigido á Augusto, á Marco-Aurelio, á Trajano*; y poco mas arriba: *Reparado por Sixto, por Clemente, sucesor del pescador galileo*; y cuando en su vértice ve brillar la estatua de San Pedro, de San Pablo, de María, ó la Cruz! Hay en esto, si no me engaño, historia y poesia. Hay más todavía; ese doble espectáculo de la derrota y de la victoria que se encuentra á cada paso, es una grande enseñanza para el corazon. En el alma séria eleva á su mayor poder, el desprecio de todo lo que es del hombre, y la admiracion de todo lo que es de Dios. Ahora, viajeros, artistas, peregrinos, quienes quiera que seais; si á vista de los monumentos romanos, se reunen esos dos sentimientos para alejaros de todo aquello que pasa, y acercaros á todo lo que no pasa, habreis llegado á ser mejores y podreis decir: He visto á Roma; si nó, nó.

20 DE DICIEMBRE.

La Meta sudans.—El Coliseo.—Primeras impresiones.—Descripcion del Coliseo.—Descripcion de los combates.—Martirio de San Ignacio.—El Coliseo, Capitolio cristiano.

Ayer era demasiado tarde para entrar al Coliseo. Además, me habia propuesto no visitar, sino hasta hoy, el Capitolio de los mártires. Tenia para esto una razon, que diré muy pronto. Llegamos á buena hora, y con un tiempo soberbio, al colosal monumento. *La Meta sudans*, que se levanta á pocos pasos, llamó nuestra atencion. Es una ruina de cuya mitad se desprende una masa de ladrillos y piedras, semejante á las columnas ó límites de los antiguos circos; de aquí le viene el nombre de *Meta*. La columna coronada por una estatua de Júpiter, estaba perforada en el centro, y formaba un ancho tubo, del cual brotaba, para caer en un vasto recipiente de mármol, una de aquellas fuentes tan comunes en la ciudad de los Césares. El agua venia del monte Esquilino, y servia para las varias necesidades del anfiteatro y de los espectadores.

Por fin avanzamos hasta el Coliseo. De pie ante aquella gigantesca ruina, cuyo vértice alcanza la vista con trabajo, enmudece de estupor el viajero. Dos sentimientos absorben el alma toda entera: una profunda indignacion, y una compasion más profunda aún. ¡Hé ahí esos monumentos que necesitaba el pueblo romano para ver correr la sangre á su gusto! y aquí ¡qué torrentes de sangre corrieron! aquí fueron degollados y devorados á millares nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras madres, nuestras hermanas en la fe, ¡inocentes ovejas del divino Pastor!

1 Ad cujus summitatem ægre visio humana conscendit. *Am. Marcell.*

¡Con qué inexplicable felicidad miramos la cruz colocada en el centro de la arena misma! ¡Salud, signo de victoria, único en pie entre las ruinas del Coliseo y en las alturas del Capitolio!

Fieles á nuestro plan, estudiamos el anfiteatro, bajo el punto de vista pagano y bajo el punto de vista cristiano. El Coliseo, edificado en el lugar mismo de los estanques de Neron, fué comenzado por Vespasiano y acabado por Tito. 1 El vencedor de Jerusalem hizo trabajar en él sin descanso á los hijos de Abraham, á quienes habia llevado cautivos. Dícese que doce mil judíos sucumbieron en el trabajo; ¡singular destino de aquel pueblo que edificó por cuenta de sus opresores el Coliseo en Occidente y las Piramides en Oriente! Terminada la obra, se la dedicó Tito á su padre Vespasiano, dando en ella juegos que duraron ciento veinte dias y en los cuales se presentaron cinco mil fieras y cerca de diez mil gladiadores. 2

El Coliseo forma un inmenso óvalo cuya altura es de 157 piés y su circunferencia de 1641. Antes de entrar al interior le dimos vuelta por fuera; éste es el modo de conocerlo bien en mi concepto. Tres cosas fijaron al punto nuestra atencion: la naturaleza de la construccion, los pórticos y las puertas.

Los cimientos subterráneos con gruesos pedazos de piedra ó travertín cortados en cuadro y el resto de anchos ladrillos fuertemente unidos, tal es el sistema ordinario de las antiguas construccionen romanas. No es lo mismo en el Coliseo. El gigantesco monumento es desde la base hasta la cima todo de piedra de Tivoli, especie de mármol, fuerte, duro y resistente al fuego. A flor de tierra se encuentran, uno al lado

1 Hic ubi conspicui venerabilis amphitheatri. Erigitur moles stagna Neronis erant.

Mart. *Epig. II. Spectacul.*

2 Cassiod. *In Chron.*, etc.

del otro, dos pórticos circulares que rodean todo el edificio. El pórtico exterior servia de entrada y comunicaba, ya con el pórtico exterior, ya con las escaleras que conducen á los pórticos superiores. Estos á su vez contenian en amplísimas galerías á olas de espectadores que colocaban en las gradas del anfiteatro *vomitória*. El pórtico exterior tenia un doble uso: el de pasear allí durante las calores y el de proporcionar un abrigo cómodo á los asistentes cuando la lluvia venia á sorprenderlos. Encima del pórtico exterior se levantan otros muchos que contribuyen á embellecer los diversos órdenes de arquitectura.

El orden *dórico* reina en las pilastras inferiores y en los arcos y columnas de bajo relieve. El orden *jónico* brilla en todos los arcos superiores y en las pilastras sin columnas. Viene en tercer lugar el orden *corintio*. Más noble que los dos primeros, reina con gracia y majestad en los arcos abovedados y en las pilastras de los pórticos más elevados. Desde allí hasta el techo no veis más que arcos y grandes ventanas con pilastras de orden *compuesto*. Entre estas anchas ventanas aparecen las consolas que sostenian las vigas de madera revestidas de bronce dorado y destinadas á sostener el *velarium*. En fin, una magnífica corniza, de la cual subsisten algunas ruinas, coronaba la inmensa construccion.

Las puertas del Coliseo son de dos especies: las grandes y las pequeñas. En los dos extremos del óvalo se abren las dos grandes puertas y forman dos arcos de una belleza y de una dimension extraordinarias. Además, la que mira al *Forum*, es un poco ménos grande que la otra. Todos convienen en que por la primera se introducian á los gladiadores y á los desgraciados que eran condenados á las fieras. La segunda, vuelta hácia San Juan de Letran, daba entrada á las máquinas, á los

árboles copudos y á otros grandes mecanismos usados en ciertos juegos. Tal es la explicacion de aquella irregularidad aparente.

A la derecha y á la izquierda de las dos entradas principales, otras ochenta puertas forman un cordon continuo al rededor del anfiteatro, y por ellas entraban los espectadores. Están elevadas algunos pasos sobre el suelo, y conservan en el marco superior unos números ordinales que señalaban á cada clase de ciudadanos la puerta por la cual debian llegar más fácilmente á su lugar, para evitar la confusion. En la fachada que mira al arco de Constantino, hay una de esas puertas que no tienen número. La que está á su derecha está marcada con la cifra XXXVII; la de la izquierda con el número XXXVIII. Evidentemente en la puerta que está en medio de éstas, se ha omitido la numeracion. ¿Es esto un olvido involuntario? Nadie lo supone así. ¿Cuál es, pues, la causa de esta omision? Un estudio atento ha hecho creer que esta puerta sin número era la puerta imperial. La posicion del palacio de los Césares en el Monte Palatino, los adornos que decoran el pasillo correspondiente á esta puerta, la vasta sala que lo termina, todo viene á confirmar la conjetura de los sabios. 1

Entre estas puertas hay dos que no debo olvidar. La una se llamaba *Sandapilaria* ó *Libitinalis* (puerta de los Muertos); la otra *Sanavivaria* (puerta de los Vivos). Conviene saber que al Coliseo, como á todos los anfiteatros, estaba unido un lúgubre apéndice que era el *spoliarium*. Tendreis de él una idea si os figurais un vasto recinto á donde eran arrastrados por medio de ganchos de hierro los cadáveres de los hombres y de las fieras que habian muerto en los juegos, así como tambien los

1 Véase á Marangoni, del *Colosseo*.

desgraciados heridos de muerte á quienes el mazo ó el hacha de los *confectores* les arrancaba la vida por completo. Todos salian del anfiteatro por la puerta de los Muertos. Aquellos á quienes el fierro de los combatientes ó los dientes de los animales habian herido ligeramente, se iban por la puerta de los Vivos. De este modo, todo lo que habia entrado á la arena salia ó por la puerta de la carne viva *Sanavivaria*, ó por la puerta de los ataúdes, *Sandapilaria* [1]. La inspeccion de los lugares conduce á creer que el *Spoliarium* del Coliseo estaba cerca de la puerta oriental. Agreguemos, para no olvidar nada, que no lejos de allí se ven las infames arcadas, *fornices*, en donde moraban las cortezanas. La morada de la disolucion junto al *Spoliarium* lleno de cadáveres, define bien á la sociedad pagana.

Antes de entrar al interior del Coliseo, nos acordamos de que no solo servia para los combates de hombres y de animales, sino tambien para batallas navales. Réstanos explicar cómo se llevaban las aguas á la arena. Siguiendo los pasos del inteligente guía que llevábamos, nos adelantamos hasta vernos á una ligera distancia de la vertiente del *Cælius* del lado de San Juan de Letran. Allí se ve un gran movimiento de terreno, que á decir de los arqueólogos, indica el lugar de un vasto receptáculo. Alimentado muy fácilmente por el acueducto de Claudio, comunicaba este receptáculo con el anfiteatro por medio de anchos canales, como se ve hoy todavía. Algunos agujeros practicados ordenadamente, de trecho en trecho, daban paso al rio improvisado cuya velocidad

1 Esta nocion ayuda á comprender las actas de Santa Perpetua y de Santa Felicitas. Dícese que no habiendo querido el pueblo romano que se expusieran de nuevo las dos mártires, fueron conducidas á la puerta *Sanavivaria*, en donde las recibió un catecúmeno llamado Rústico

aumentaban y en pocos minutos se cambiaba la arena en lage. El agua permanecía allí hasta que se queria, por que el fondo, era un pavimento de mármol perfectamente construido y cubierto con una espesa capa de arena.

En fin, penetramos, no sin sentir un movimiento de terror, al formidable Coliseo. Allí se ven la arena, el *podium*, las gradas y las azoteas.

La arena, *arena carca*, es el espacio vacío en el cual combatian los animales y los hombres. En el centro se levantaba el altar portátil en el cual se comenzaba la funcion por inocular una víctima humana, siempre que se celebraban juegos en honor de Júpiter *Latiale* (1). En el lugar mismo de ese altar se levanta hoy la cruz del Dios Redentor, delante de la cual el primer movimiento del viajero es prosternarse, tan oprimida está su alma por este primer recuerdo y por otros mil que surgen en tropel del espectáculo que tiene á la vista. La arena del Coliseo tiene 285 piés de longitud, 182 de latitud y 748 de circunferencia. Está cubierta por cerca de quince piés de arena. Por una parte, no han querido los soberanos pontifices que la tierra que ha bebido la sangre de los mártires, fuese hollada por los piés de los viajeros y de los curiosos; por otra, la conservación de las ruinas hacia necesaria esta precaucion.

1 Tertul *Apol.*—Cosa poco observada y que por lo mismo debe ser digna de observarse. Aquellos grandes espectáculos del Circo y del Coliseo eran fiestas religiosas, ó al ménos, inauguradas por la religion. El principio *ab Jove principium*, se aplicaba rigurosamente á todos los actos de la vida pública y de la vida privada. Roma pudo engañarse en la aplicacion del principio, pero hacer intervenir la religion en todas las cosas de la vida, es un principio verdadero, un deber sagrado. Entre nosotros, la religion no se mezcla ya en nada. Si pues todos los grandes pueblos, como todos los grandes hombres, fueron pueblos y hombres religiosos, ¿qué debe pensarse, qué debe esperarse de nosotros?.....

Al rededor de la arena está el *podium*, adorno de mármol de cerca de ocho piés de elevacion. Compuesto de anchas mesas de mármol fuertemente fijadas en la pared, y con columnas á guisa de pilastras, estaba coronado de una pesada reja de hierro, armada de puntas y se inclinaba hácia la arena. A la extremidad superior de la reja estaban adheridos pedazos de madera que giraban sobre goznes, de modo que el animal que trataba de asirse de ellos volvia á caer al punto. La seguridad de los espectadores exigia estas precauciones. Dando vuelta á la arena se ven de trecho en trecho largas aberturas practicadas en la base del *podium* y cerradas con fuertes rejas de hierro. Estas rejas se levantaban y bajaban á manera de los rastrillos de las puertas de nuestras antiguas ciudades, y daban paso á los animales encerrados en las cárceles. Llegado el momento iban los *bestiarios* á excitar á aquellos terribles combatientes, picándoles con una lanza y algunas veces con tizonas encendidos para enfurecerlos y hacerlos saltar á la arena.

Sobre el *podium* estaba el pabellon del emperador y de los Césares; á su derecha y á su izquierda las sillas de los pretores, de las *dulces* vestales y de todos los que tenian derecho á la silla curul. Más arriba se elevaban en forma de una gran herradura, muchas gradas. Separadas por pasillos formaban cierto número de divisiones, que se iban extendiendo á medida que se elevaban más; de aquí les viene el nombre de *cunei* que se les dió. En las catorce primeras gradas, encima del *podium*, estaban colocados los senadores, los caballeros romanos, los embajadores extranjeros y los principales magistrados; las otras estaban ocupadas por el resto de los ciudadanos. Las damas romanas, colocadas en las gradas superiores, formaban un brillante cordon al rededor del anfiteatro, y podian ver de una manera muy cómo-

da, no solo á los combatientes, sino tambien á los espectadores. Los escalones de las gradas estaban cubiertos con tablas ó con ricos cojines, á fin de que todos, hombres y mujeres, pudiesen ver degollar á sus semejantes, sin comprometer su salud. Pero esto no bastaba: al olor de la sangre debía mezclarse el olor de los perfumes. Desde el *podium* hasta la zotea, se elevaban de trecho en trecho tubos de metal dorado que despedían aguas perfumadas y caían en forma de finísimo rocío sobre los asistentes. Este rocío estaba perfumado con azafran y bálsamo. Todavía se percibe el lugar por donde salía de los tubos.

La azotea formaba una ancha esplanada, rodeada por una galería al frente, y daba lugar á doce mil espectadores. Desde allí, como antes he dicho, se fijaban las numerosas vigas que detenían las cuerdas y las poleas destinadas á abrir ó á cerrar los *velarium*. El *velarium* era un inmenso velo de púrpura, sembrado de estrellas de oro, que cubría todo el anfiteatro, al cual daba la forma de una tienda. Servía para embellecer la escena, para refrescar á los espectadores con sus ondulaciones y protegerlos contra los ardores del sol. Una multitud de jóvenes marinos, *manuales*, encargados del cordaje, hacían las maniobras con una agilidad sorprendente.

El Coliseo contenía ochenta y siete mil lugares en el *podium* y en las gradas; 1 si se agregan los doce mil de la azotea, se tendrán cerca de cien mil espectadores, sin contar á los actores de aquella escena. Acordaos ahora de que el Coliseo tiene 157 piés de elevación y 1641 de circunferencia, y si podeis, imaginaos ¡qué espectáculo debía presentar aquel colosal edificio, cuando los rayos del sol de Roma, inundándolo con su luz, hacían brotar mil

1 Pub. Vict. de *Region.*; Donati, lib. III, p. 193.

brillantes reflejos del magnífico pabellon de púrpura sembrado de estrellas de oro, y de sus vastas paredes de pulido mármol, enriquecidas con esculturas, columnas, estatuas y adornos de todo género! No preguntemos lo que había costado aquel gigantesco monumento. Los autores antiguos se contentan con responder que Tito había hecho correr en él un río de oro. 1 Habrían debido añadir: torrentes de sangre y torrentes de lágrimas.

El Coliseo, por sus proporciones, por el lujo de sus adornos, por la naturaleza de los espectáculos que en él se daban, por el furor del pueblo, desde el emperador hasta el esclavo, por aquellos sangrientos juegos, reasume á la antigua Roma durante los tres últimos siglos de su existencia. Conocerlo á fondo, es contemplar cara á cara al mundo de entonces; porque es ver en el foco mismo á donde vienen á reunirse todos los rayos de luz dispersos acá y allá por los historiadores, sobre los increíbles misterios de la vida pagana. Ocupados de este pensamiento, salimos de la arena, y subiendo al *podium*, nos sentamos en el mismo lugar del pabellon imperial, para ver lo que pasaba en el Coliseo en los días del paganismo. No olvidéis que hoy es el 20 de Diciembre, último día de las fiestas *Sigilarias* con que celebran los romanos la clausura del año. Si, pues, en un semejante día y en el año undécimo del reinado de Trajano, nos hubiésemos encontrado en el anfiteatro, hé aquí, al ménos en parte, lo que hubiéramos visto.

En lugar de arena, la arena está cubierta de vermellon; el altar de Júpiter está adornado; el vaso del victimario y el cuchillo sagrado, brillan cerca del tripié humeante. Encima de nuestras cabezas, los

1 Hoc tibi potentia principalis divitiarum profuso lumine, excogitavit ædificium fieri. Cassiod., *Epist. variar.* 45.

manuales se resbalan con ligereza sobre los cordajes del *velarium*, preparan las poleas y disponen la salida del agua perfumada. Bajo nuestros piés, los leones, las panteras, los osos, rujen en las cárceles y hacen temblar á todo el Coliseo.

Abrese la puerta imperial y avanza el pretor envuelto en su rico manto de púrpura prendido en sus espaldas con un botón de oro; sube al *podium* y viene á ocupar el lugar de honor, porque el emperador está en Oriente; le siguen las vestales, vestidas de blanco, y luego los senadores, de manto blanco realzado de oro. Todos los pórticos se abren; ochenta y siete mil espectadores ocupan las gradas del anfiteatro; doce mil miran desde lo alto de la azotea. Entre el primero y último pórtico forman las matronas y sus hijas, brillantes de púrpura, de oro y de diamantes, una deslumbradora faja al rededor del anfiteatro. De repente reina un gran silencio; el sacerdote de Júpiter *Latiale*, se adelanta por la puerta que mira al arco de Tito; un *Pontificius* 1 llevado por los pretorianos, se mira al pié del altar; se le extiende allí; el *Flamen dialio* toma el cuchillo y degüella á la víctima. El pueblo aplaude á dos manos; Júpiter está contento; los juegos pueden ya empezar.

Inmediatamente despues, la música hace oír ruidosos instrumentos, y bajo la puerta por donde entró el sacerdote aparecen los *venatores*, armados para combatir á las fieras. Se forman en dos líneas y tienen un látigo en la mano con el que azotan al paso á los desgraciados que pasan desnudos por entre ellos y que son los *bestiarii*, víctimas entregadas á las bestias. No se les puede contar ¡son tan numerosos! La mayor parte son pobres esclavos fugitivos, ó prisioneros de guerra, cristianos ó cristianas, jóvenes y ancianos

1 Víctima humana.

encanecidos por la edad. Precedidas de un heraldo, dan vuelta á la arena aquellas víctimas, y al pasar delante de la tienda del emperador, se inclinan diciendo: *Cesar morituri te salutan.* «César, los que van á morir, te saludan.» 1

Entretanto, se divide á la tropa en pequeñas bandas, porque no se quiere que sea degollada de un solo golpe, porque se quiere prolongar la diversion. Los que deben morir primero quedan en la arena atados á los postes ó sujetos en redes; los otros se llevan de reserva á las cárceles. Todos los espectadores están impacientes. Las vestales ¡quién lo creería? las vestales dan la señal de la carnicería. Se levantan los rastrillos ó rejas, y los leones, los osos, las panteras, las fieras todas, picadas y quemadas poco antes por los gladiadores, se lanzan furiosas al anfiteatro, y ved ahí cabezas, brazos, piernas destrozadas, entrañas desgarradas que llenan de sangre la arena y el *podium*. El pueblo ha bebido la primera sangre, pero no se ha saciado, y quiere saciarse. Sigue el combate, y aparece á su turno cada tropa de *bestiarios*. Las emociones se hacen más vivas; más agrrables; el senado, las vestales, las matronas, los espectadores, piden con entusiasmo y palmoteando, nuevas bestias y nuevas víctimas. Se agota la fúnebre lista; ya no hay más carne humana que desgarrar, ni más sangre para el pueblo que beber.

¿Qué digo? Si los *bestiarios* han acabado, quedan los gladiadores; se les va á preparar su lugar. Los leones y las panteras vuelven á entrar en sus alojamientos. Los *confectores*, armados de ganchos,

1 En vez de estas palabras, los cristianos hacen oír á los jueces severas advertencias. Así, al pasar delante del balcon del procónsul Hilariano, los mártires de Cartago le dijeron: Tú nos juzgas en este mundo, pero Dios te juzgará en el otro.

arrastran los cadáveres al *spoliarium*. Dos de sus gefes se pasean en el vasto recinto libitinario: el uno se llama Mercurio, el otro Pluton, porque llevan las insignias de estas divinidades. Mercurio toca los cuerpos con un caduceo de hierro candente, para conocer á los que conservan todavía algunos principios de vida; Pluton aplasta con un mazo á los desgraciados que no tienen esperanza de curacion. 1 A los *confectores* suceden en la arena, jóvenes y bellos esclavos, elegantemente vestidos, que vienen á recojer con palas el polvo ensangrentado.

Durante esta operacion, los tubos distribuidos con arte en todas las partes del anfiteatro, destilan sobre los espectadores un odorífico rocío, que refresca el aire y lo purifica del acre perfume de la sangre. 2 Como un inmenso abanico, el *velarium*, bordado de oro, ondula sobre las cabezas; sinfonías y cantos mezclados con una orquesta de mil instrumentos 3; cien bufones, de trajes y maneras extravagantes y extrañas, divierten al pueblo, impaciente por nuevos combates.

Por fin hé aquí á los gladiadores. Llegan sobre carros brillantemente pintados de diversos colores, y dan la vuelta al anfiteatro. *Cesar morituri te salutant*, exclaman todos al pasar delante de la tienda del emperador. Echan pié á tierra, y se dispersan en la arena. Su vestido se compone de un *subligaculum*, pieza de tela roja ó blanca, que les llega hasta los muslos, y está levantada en las caderas y fija con un brillante cinturon de cobre cinceado. Un coturno de cuero azul ó un calzado de bronce, *ocrea*, forma su calzado; el resto del cuerpo está enteramente desnudo. Por armadura, unos llevan un pequeño escudo redondo; *parma*, un triden-

1 Senec., *Epist.* 93.

2 Id., *Quæst Nat.*, II., 9, ep. 90.

3 Id. ep. 85.

te y una red; estos son los reciarios, *recitarii*. Otros una guadaña encorvada, un gran escudo redondo, *clypeus*, un casco coronado con una cresta roja, ó un pescador por cimera; estos son los *mirmillones*, la mayor parte infortunados compatriotas nuestros 1. Los laquearios, *laquearii*, están armados de una cuerda con la que tratan de extrangularse mutuamente, y no tienen por arma defensiva más que un escudo de cuero. Aquellos que veis armados con una espada, y con el brazo derecho cubierto con brazales pintados de azul, y con el izquierdo armado de un *clypeus*; con la cabeza cargada con un casco de alas, azul, y cuya cimera recibe una melena roja, son los gladiadores propiamente dichos, *gladiatores*. Unos están á pié, y otros á caballo.

Los *dimaqueros*, no tienen armas defensivas ni escudo, pero sí una espada en cada mano. Los *essedarios*, combaten en carros arrastrados por caballos. Los *andabates*, son aquellos desgraciados que tienen una venda en los ojos, y combaten como ciegos. Estos gladiadores, de diferentes especies, no luchan todos á la vez, sino sucesivamente. La variedad en el modo con que se da ó se recibe la muerte, multiplica los goces ó placeres de aquel pueblo envilecido. ¿Cuál es aquel batallón que se mira separado, que se prepara al combate real por justas simuladas, y que pasea por el anfiteatro su mirada tranquila? Reconoced en él á los *auكتورati*, gladiadores que han vendido su vida por divertir al pueblo con el espectáculo de su muerte. En ese ejército, pronto á venir á las manos, hay combatientes llamados *sine missione*: uno solo no sobrevivirá al combate; les vereis morir á todos. Antes se ha tenido cuidado de anunciar en el programa de los juegos, si el combate ha de ser

1 Festus Lips. in *Satur.* lib. II, c. 7.

sin mision; éste es un medio de atraer á la multitud 1. Suenan las trompetas, y comienza la lucha. Las espadas se cruzan, chócense las lanzas, y corren olas de sangre; y no obstante, el pueblo se agita colérico en sus asientos; ¿cuál es la causa? Es aquel gladiador que trata de descargar sus golpes sobre la cabeza de su adversario.

¡Miserable! no sabe él que tales heridas producen ordinariamente una muerte instantánea; y ¿qué placer hay en ver morir á un hombre que no sufre? Matar á un gladiador del primer golpe, es atentar al buen gusto romano. Entretanto el combate se anima; pero aun no está todavía en el grado de calor que el pueblo quiere, y todo el anfiteatro se tiene por ultrajado y despreciado, cuando los gladiadores se matan con desaliento y no mueren con alegría. Un desordenado furor estalla contra estos desgraciados; una horrible ferocidad anima todos los semblantes; espantosos gritos hacen temblar el Coliseo; los espectadores, incluso las vestales, se levantan, dan rabiosos puntapiés en el suelo; y hacen gestos tan amenazadores, tan terribles, tan convulsivos, que se cree que están en el momento de bajar á la arena, para hacer pedazos á los tristes objetos de su innoble ira 2.

Pero ¿veis aquellos hombres que corren al extremo de la arena? Ellos son los comerciantes que han suministrado la comida gladiatorial 3. Vienen á azotar con correas y varas á aquel rebaño de tímidos combatientes; y empleando hasta el fuego, consiguen hacerlos un poco más intrépidos 4. El pueblo se venga de su cobardía, condenándoles casi á todos; dos ó tres úni-

1 Hodierna pugna non habet missionem. Apul., lib. II.

2 Senec., *de Ira*, I, 2.

3 Gladiatora sagina. Tac. *Hist.* II, 88, V.

4 Senec., *Ep.*, 37; Petron., 117.

camente reciben su perdon, dando un anillo y una vara, y una gorra de liberto. En vano tratan los demas de rendir las armas y enternecer á sus jueces; la manera humilde y trémula con que imploran la vida, no hace más que redoblar el odio encendido contra ellos. No solo perecen todos, [y en tiempo de Trajano perecieron diez mil] 1, sino que el pueblo, llevado de su ferocidad, y temiendo que alguna víctima fingiese la muerte que no le había tocado, manda voltear los cuerpos por uno y otro lado, y hundir nuevas espadas en aquellos cadáveres insensibles y sangrientos 2.

Ademas, una larga peripecia ha tenido á los espectadores suspensos, y producido emociones deliciosas. Antes del golpe mortal, alguno ha recibido graves heridas, y las ha recibido con gracia, según las reglas obligadas del combate.

A cada profunda queja, á cada caida de una víctima, se desprende un grito de todos los puntos del anfiteatro: *¡Hoc habet! ¡Hoc habet! ¡Vive! ¡Vive!*..... y una alegría satánica ilumina todos los semblantes. El desgraciado que ha caido, vuelve á levantarse, y poniendo una rodilla en tierra, pide humildemente gracia de la vida: su vencedor está allí paseando sus miradas por el anfiteatro, para saber la sentencia del pueblo. Si todos levantan á lo alto el dedo pulgar, se ha salvado; mas si nó, se le ha condenado. Va á morir; pero su muerte debe ser para los espectadores un placer nuevo y supremo. Es preciso que cada víctima sea arrojada á los piés de su adversario, en una caida que el arte ha hecho que no fuese ridícula 3, y tome la extremidad de la espada que le presenta su vencedor, levante en seguida la

1 Xiphil., *Trajan.* p. 247.

2 Lact., VI, 20.

3 Cic., *Tuscul.*, II, 17.

cabeza, y extiende hacia su garganta la punta homicida que debe acabar con su vida 1. Una explosión de alegría saluda cada ejecución, y parte de todos los rangos, aun de la corporación de vestales. Véanse á aquellas vírgenes, *tan dulces y tan modestas*, levantarse á cada golpe, extasiarse siempre que el vencedor hunde su espada en la garganta del vencido, y contar cuántas son las heridas con que el moribundo gladiador riega la tierra con su sangre 2.

Suena de nuevo la trompeta lúgubre, y se abre la *puerta de los Muertos*, dando paso á muchas centenas de cadáveres sangrientos y mutilados. Por la tercera vez, los elegantes esclavos han dispuesto de nuevo la arena, y ha cesado el combate de hombres contra hombres. El pueblo no se ha satisfecho; necesita nuevos placeres, es decir, sangre, siempre sangre; pero sangre vertida de otra manera, y la tendrá. Por vía de espera, tiene lugar un intermedio propio para excitar las repugnantes fibras de su alma, que de otro modo permanecerían aletargadas. Esclavos ricamente vestidos, traen estufas llenas de ardientes carbones. El pueblo ha leído el suceso de Mucio Scævola; pero no lo ha visto, y quiere verlo; porque hay en ese espectáculo un tormento que saborear. Un desgraciado, conducido por pretorianos, está obligado á extender el puño sobre aquellos braseros. Para obligarlo á esta horrible parodia, se le ha revestido con un traje azufrado, *túnica incendiabilis*, al cual están prontos á poner fuego dos

1 Senec., Ep. 30.—Santa Perpetua fué obligada á eso.

2 Consurgit ad ictus
Et quoties victor ferrum jugulo inserit, illa
Delicias ait esse suas, pectusque jacentis
Virgo modesta jubet conversa pollice rumpi.
Prudent in Symmach. II, V, 1100-1115.

verdugos, á la menor señal de repugnancia 1.

Mientras el pueblo respira aquel humo de carne humana, han terminado los preparativos de la *caza*. Entran por la puerta occidental del Coliseo, las compañías de *bestiarios*, mientras que bajo la gran puerta se ve que avanzan, conducidas por un mecanismo invisible, montañas cubiertas de arbustos y de yerba. Por sus lados, súbitamente entreabiertos, se lanzan osos, leones, panteras y bisontes 2. Vuelve la carnicería, la sangre corre en olas, y los aplausos se elevan hasta el frenesí. Muy pronto, sobre la ensangrentada arena, yacen confundidos los animales y los hombres. Todo ha muerto, ménos algunos osos de los Alpes, y algunos leones de Numidia, que quedando dueños del campo de batalla, se pasean á través de los cadáveres, buscando nuevas víctimas. Aquellos terribles animales, nutridos con sangre y carne humana, se acuestan por fin á descansar sobre la arena, acabando de roer los huesos rotos de algunos *bestiarios*. Mas ¿por qué no se les vuelve á las *cárceles*? ¡Ah! porque deben servir para un nuevo espectáculo que hará estremecer de alegría veinte veces, y provocará la risa convulsiva del senado, de las vestales y del pueblo. En esos momentos es arrojado á la arena un esclavo, que se pasea de un extremo á otro, y que lleva una mano extendida, descansando en ella un huevo que no ha de dejar caer, y no ha de cerrar la mano. El temor, la palidez, las angustias de aquel desgraciado, los movimientos de los leones, sus sordos

1 Martial., VII, 30; Xiphil., 25.

2 Receptaculum omnium ferarum in amphiteatro exstructum erat instar navis, quæ capere simul et emittere posset ad feras quadrigentas; ea autem de subito occulte saluta exsiliebant ursi, leæ, panteræ, leones, struthiones, onagri, bisontes. Dio *in Severo*; id. *in Neron*; *Vopisc. in Prob.*

mugidos, excitan sensaciones deliciosas en todos los espectadores, que saltan de gozo cuando una mordida ó la garra de una fiera, hace pedazo al infortunado actor de aquel juego cruel. Se acerca ya la noche, y el pueblo impaciente pide todavía nuevos *bestiarios*; mas ya no los hay: ¡Y qué! ¿el pueblo romano se quedará sin diversion, y los leones sin pasto? Nó: el emperador mismo, Trajano, es el proveedor del Coliseo. ¿Cuál es esa agitación de alegría que se manifiesta en todas las gradas del anfiteatro? Mirad aquel centurion que llega precipitadamente al *podium*, y que habla al pretor; le trae un despacho imperial. El anuncia la llegada de Ignacio, por sobrenombre Teóforo, obispo de los cristianos, y á quien el emperador envía de Oriente, para ser entregado á las fieras. ¡Qué felicidad!

En efecto, el año 116 de Jesucristo, el 20 de Diciembre, el mismo dia en que nosotros estamos en el Coliseo, Ignacio desembarcaba en Ostia. Llevado apresuradamente por los soldados encargados de su custodia, llegó á la gran Roma ántes de la puesta del sol, porque hoy es el último dia de los juegos. Presentóse el mártir á la puerta del anfiteatro, y levantándose en seguida el pretor, leyó al pueblo la misiva de Trajano: «Ordenamos que Ignacio, que dice llevar consigo al Crucificado, sea encadenado y conducido por soldados á la gran Roma, á fin de que sirva de pasto á las fieras, y de diversion al pueblo 1.» Un prolongado palmoteo atestigua la alegría y el reconocimiento del pueblo. El venerable anciano pasa por las filas de *venatores*, que le azotan y le arrojan á la arena. Al verle los cien mil espectadores, palmotean todavía y los leones arrojan espanto-

1 Ignatium præcipimus in seipso dicentem circumferre Crucifixum, vinctum a militibus in magnam Romanam duci, cibum bestiarum, in spectaculum plebis futurum. *Act. Sincer. S. Ignat.*, ap. Ruinart.

sos ruidos. Ignacio se arrodilla y dice: «Yo soy el trigo del Señor, y debo ser molido por los dientes de las fieras para convertirme en pan puro de Jesucristo.» Apénas ha hablado, cuando dos leones se arrojan sobre él y le devoran en un momento, sin dejar de su cuerpo más que los más gruesos y duros de sus huesos.

El mártir ha sido inmolado; pueblo feroz ¿estás satisfecho? No; como el tigre cuya sangre se altera, así Roma, que acaba de beber con delicia algunas gotas de sangre cristiana, quiere beber hasta embriagarse. Lo conseguirá todavía durante dos siglos; y un ejército de mártires vendrá siguiendo los pasos de San Ignacio á expirar en el anfiteatro. ¡Aplaudes, pueblo insensato, regocíjate á vista de sus tormentos! ¡Tú no sabes que su muerte victoriosa, hará caer los altares de tus dioses y erujir á tu Capitolio y á tu mismo Coliseo! Véanse en el número de aquellos gloriosos campeones á Eustaquio, capitán de caballería bajo Tito, en el sitio de Jerusalem; general de los ejércitos romanos bajo Adriano, y con él á su esposa y á sus dos hijos, nobles vástagos de las más antiguas familias; á las ilustres vírgenes Martina, Taciana y Prisca, las tres hijas de cónsules y de senadores; al senador Julio; á Marino, hijo de otro senador; á los obispos Alejandro y Eleuterio; á los jóvenes príncipes persas Abdon y Sennon; á doscientos soldados á la vez, y á una multitud innumerable de héroes y de heroínas, de todas edades y naciones, cuyo triunfo ilustró aquel Capitolio de los mártires. Recuerdos, emociones, enseñanzas profanas y cristianas; todo esto suministra el Coliseo. ¿Tengo razon en preguntar si hay bajo el cielo un libro más elocuente y más completo 1?

1 Para acabar de pintar al Coliseo y á la so-